

# LA ARMADA VENCIBLE

Cuando hace unos días nos enteramos de que un comando militar inglés, compuesto por tropas especiales de asalto, arribó “erróneamente” a una pequeña playa de La Línea, nos dimos a considerar que el tal “error” no procedía exactamente del citado comando, pues hasta el último de sus soldados está entrenado para leer e interpretar los mapas mejor que un profesor de cartografía, sino que pudiera haber provenido de un revoco de aire portador de efluvios de buen vino.

Este incidente nos llevó a pensar, por lo que más adelante referirnos, que estos soldados buscaban el emplazamiento de una bodega en los alrededores de aquella población o, tal vez, en el mismo subsuelo de la playa invadida.

Y para sostener esta conjetura relataremos un importante hecho histórico acaecido a finales del siglo XVI, que marcó un hito cuasi catastrófico en la historia de España, como fue el desastre de la Armada

Invencible, y recíprocamente, unos meses después, a modo de desquite del anterior malogro, acotenció la devastación de la Armada Inglesa; a la que en todo momento llamaremos, en contraposición a la Invecible, la Armada Vencible.

Como bien sabemos, la Armada Invencible fue una gran empresa inspirada por Don Álvaro de Bazán en 1.583. Pero este renombrado e insigne marino, artífice de la victoria de Lepanto en 1.571 con Don Juan de Austria y conquistador de Túnez en 1.573, no llegaría a participar en sus acciones ya que moriría a principios de 1.587, cuando más falta hacía. Así es que cuando la Invencible, que él había inculcado a Felipe II, zarpó del estuario del Tajo el 20 de mayo de 1.588 se hallaba a las órdenes del incapaz Duque de Medina-Sidonia, que si algo entendía de asuntos de la mar era, exclusivamente, del beneficio que lograba con la captura de atunes. Aquella salida se hizo en falso, pues el temporal la obligó a volver a puerto, y repitió el 28 de Mayo; pero al doblar en cabo de Finisterre fue

sorprendida por una colosal tempestad y, malparada, hubo de refugiarse en la Coruña, en cuyo puerto atracó el 19 de junio, marchando definitivamente el 21 de julio desde Galicia una vez amainado el temporal y reparados los barcos. Tanto titubeo nos alerta de la pericia y de las previsiones de Medina-Sidonia.

Vuelta la Invencible a la mar alcanzó el Canal de la Mancha y se presentó en Portsmouth, donde le aguardaba la flota inglesa. El Duque de Medina-Sidonia, inexperto y nesciente de lo que la estrategia naval dictaba ejecutar en aquella posición, contrariando las advertencias y criterios de grandes y experimentados capitanes que le acompañaban, rehusó atacar con gran fortaleza flotante y se refugió en Calais, de donde tuvo que salir atropelladamente al haberse lanzado los ingleses contra él. En la noche del 8 al 9 de agosto, ya en el mar de Norte, la artillería inglesa sembró la confusión en los barcos españoles. A este acoso enemigo se sumó un gran temporal que causó más estragos que la misma armada inglesa. Después de circunnavegar todo el perímetro de

las Islas Británicas, sembrando con los restos de sus navíos el mar y las costas, el inepto Medina-Sidonia regresó a España con sólo seis barcos de los 130 expedicionarios y diez mil hombres de los más de veinte mil embarcados.

También conocemos que esta gigantesca intervención contra un enemigo secular, como era Inglaterra, se acometió con el empeño y la determinación de invadirla y devolver a aquel reino la religión católica derribando a Isabel Tudor del trono y sentado en él a María Estuardo, a la que Isabel ya había decapitado meses antes con la mayor de las insidias. De la misma manera esta invasión se ejecutaba en connivencia con el Papa Calixto V; el cual, llegado el momento, se retiró dejando solos a los españoles. Tenía, igualmente, la pretensión de acabar con el hostigamiento que los ingleses nos imponían desde las Azores y desde las costas de Portugal; pretendía, así mismo, liquidar el apoyo que aquellos ejercían sobre los luteranos de Holanda y los abordajes en tierras de Iberoamérica, donde

los piratas enviados por la reina Isabel habían convertido en una pesadilla la navegación de nuestras flotas.

Ensoberbecida la reina inglesa de resultas de la adversa expedición española se aprestó a enviar otra expedición invasora, no menos poderosa, par a vengar en nuestra propia tierra la hostilidad de Felipe II. El instigador de la empresa inglesa fue el portugués Don Antonio, Prior de Crato, hombre incompetente y mal intencionado, que pactó con los ingleses y les aseguró que en ocho días Portugal se alzaría en armas apoyando la embestida contra España y que tendría aprestados veinticinco mil hombres de guerra, así como 120 naves en el mar; y entre otros pagos y recompensas daría él a la infantería inglesa, llegadas las tropas a Lisboa, doce pagas; adjudicaría más de una docena de castillos para que estuvieran guarnecidos los ingleses, con cuyos gastos correría él; les dejaría Lisboa franca por si su reina quisiera armar barcos contra los españoles, pues todo lo que la reina ambicionara realizar contra los españoles él lo apoyaría; todos los años donaría, a perpetuidad, trescientos mil ducados puestos en Londres; asignaría cinco millones de

oro para gastos de aquella Armada; otorgaba a la infantería inglesa -¡Oh vesania de traidor!- doce días de saco en Lisboa, y finalmente, que su trato con la reina de los ingleses fura de igual a igual. Así, con tan ignominioso tratado, este marrano, nieto de la judía “La Pelicana”, ponía en almoneda al querido reino de Portugal con tal de que los ingleses le sentaran a él en el trono. La historia de su persona, era por otro lado, un compendio de insidias, fracasos y desatinos. Fue el instigador y acompañante del Rey Don Sebastián en la desafortunada aventura de Marruecos, en 1.578 Don Sebastián, sin más apoyo y consejo que la cobardía de este individuo, desapareció en la derrota de Alcazarquivir y tuvo que ser Felipe II el que rescatara a ochocientos nobles portugueses hechos prisioneros, entre los que se hallaba el Prior de Crato, el alevoso Don Antonio; el cual, a mediados de 1.580, después de ser liberado de los moros y con su rey muerto se presentó en Portugal soliviantando al pueblo y preparando la resistencia contra la entrada de Felipe II como Rey de Portugal; para lo cual solicitó, además, el apoyo armado de Francia, que no tardaría en acudir a

sostener la sublevación de 1.582, con Felipe II ya sentado en el trono portugués. En dicho año el pretendiente Crato se había negado a negociar con el Duque de Alba que defendía por tierra el asedio de Lisboa, por la que su ejército, atestado de bravos portugueses, cayó derrotado por las tropas españolas, huyendo él indignamente, tratado en seguida de movilizar el pueblo de Oporto, de donde fue desalojado por Alba; presentándose más tarde en las Azores, cuyos habitantes se habían declarado a su favor, siendo nuevamente desalojado junto con sus protectores ingleses por Don Álvaro de Bazán, no sin antes haber derrotado la armada francesa que había acudido a sostener la sublevación; derrota humillante donde las haya, en la que los franceses destacaron por la huida de su almirante Villars, que dejó al desabierto su cobardía. En 1.595 moriría en nueva derrota a manos españolas con ocasión de asalto a Durbans. Pese al esfuerzo que representaron tantas falsedades, insidias y maquinaciones de Crato el pueblo portugués siempre acogió con entusiasmo al ejército español.

Las pérdidas sufridas por España en

las jornadas de la Armada Invencible hicieron creer a la reina Isabel, y a toda Inglaterra, que habían de hallar a España indefensa y que sería un paseo militar entronizar a su aliado Don Antonio -dispuesto a donarles Portugal-. Así que es, a la vista de lo apuntado, este Prior parece que ofreció a los ingleses lo que no poseía y lo que menos abundaba en Portugal: el dinero. No obstante, sus aliados, crédulos y ambicionando el botín, pusieron de inmediato sobre el mar doscientas veinte naves con más de veintidos mil hombres de guerra y mar, confiando el mando de la armada al negrero y corsario, ahora almirante, Drake, y las fuerzas de desembarco al general John Norris.

Salió la expedición de Inglaterra el 13 de abril de 1.589 dirigiéndose a la Coruña, plaza que consideraban desguarnecida; pero la defensa española se organizó con tal celeridad que cayeron más de mil quinientos soldados ingleses en el sitio, así como gran número de oficiales y caballeros principales. En Lisboa, contrariamente a lo planteado y predicho por Crato, la población tampoco se significó a su

favor; y Don Alonso de Bazán, que se hallaba apostado en el Tajo con una veintena de galeras guardando la entrada, paró en seco las maniobras de la armada inglesa no obstante el apremio con que Crato y Norris mandaban a Drake forzar dicha entrada; pero éste, con desusada prudencia, dio la espalda a los navios españoles.

A la vista de que la población les era adversa y de que allí donde plantaban batalla eran derrotados, el 28 de mayo tocaron retirada abandonando los caballos y los efectos de mayor impedimenta, pues eran hostigados sin tregua por el bravo y animoso Conde de Fuentes que tenía la capitanía general de Portugal, hasta que se embarcaron en sus bajeles; y aún fueron perseguidos hasta las costas de Inglaterra por Don Alonso.

Tanto los hebreos comprometidos, que eran la mayoría, como una buena parte del clero, compuesta con conversos, tuvieron que embarcar con los ingleses por temor a las represalias de los españoles. En Cascaes se ocupó el equipaje de Don Antonio, con cartas

y papeles que compartían a mucha gente en Portugal, pues gozaba de gran prestigio entre sus congéneres: clero de conversos y judíos en masa. Estos le fueron siempre favorables por coincidencia natural y por odio notable a España que los había expulsado. Esta masa de traidores había proveído de víveres a los ingleses y había despejado las comunicaciones de las vías de tránsito con cerca de quinientos clérigos y frailes a los que se les prometieron recompensas y cargos.

Y, después de todo, resultó que la costosa expedición inglesa, superior en casi cien barcos a la Armada Invencible, descontados los 120 portugueses, tuvo que regresar a su país habiendo perdido en combate a unos doce mil hombres, o sea, más de la mitad de la tropa, y gran número de navíos. Les fue apresada la embarcación almirante tras obstinado combate con Don Alonso de Bazán, el cual había abandonado la entrada del Tajo para sumarse a la persecución del enemigo, dejando la reputación de Drake en ínfimas condiciones después de que éste hubiera proclamado y jurado vengar a su reina del agravio de la Armada española. De este modo el fracaso de la

Invencible tuvo, consiguientemente, su justa recompensa al conquistar en esta ocasión trofeos honrosos de victoria. En este punto es de resaltar que de los más de doce mil soldados ingleses que cayeron en su inconsistente y desarbolada acción bélica, buena parte de ellos murieron ebrios, exultantes en los ataques que practicaban, antes que nada, a las bodegas portuguesas y gallegas; dejándonos un notable precedente, cual es la poderosa milicia que representaron nuestros vinos. Llegados a Inglaterra morirían la mayoría de soldados y marinos supervivientes de la desastrosa invasión de España. En cuanto a los barcos no volvieron a recalar en sus costas más de una docena.

Cuenta el portugués Faria Sousa, que escribió en aquella época sobre la invasión inglesa, que “De las enfermedades contraídas por falta de lo necesario para sustentarse, fueron los ingleses arrojando cadáveres al mar y perdiendo navíos; y convirtiendo el mar en pestilencia la fueron a sembrar a Pleuma, de donde fue extendida por toda Inglaterra”. La peste, el luto y el hambre se adueñaron de aquella nación; catástrofe de la que tardaron muchos

años de reponerse. Del asedio que les impusieron en Portugal los españoles murieron “a posteriori” casi todos los expedicionarios. Esta es la corta historia del brutal desastre de la Armada Vencida inglesa.

El desastre de la Invencible fue notoriamente inferior en cuanto a pérdida de vidas humanas y también en cuanto a barcos, cuenta tenida de que los ingleses no tuvieron que luchar, al contrario que los españoles, con los elementos naturales y atmosféricos desencantados en el mar. No obstante, los ingleses, siguiendo una pauta de conducta propia de la Europa del Norte, callaron su desastre y nunca permitieron que se escribiera sobre él. Recientemente lo han hecho, negando la descomunal proporción de la catástrofe sufrida y negando la participación directa de su reina. ¿Qué explicación tiene esa actitud? Generalmente estos pueblos del norte nunca hablan ni escriben sobre sus fracasos ni sobre sus vergüenzas. No los airean jamás. ¡Cuándo seguiremos los españoles esta norma!

Es de notar que Crato, unos años más tarde, ya instalado en Inglaterra,

obsesionado en su alocado infortunio por las riquezas que había malogrado e importándole poco las desventuras que había originado a su sufrida y perdida nación portuguesa, conseguía entrevistarse en Eton, en 1.493, pleno de inmoral expectación, con otro estacado marrano y gran traidor, Antonio Pérez, que había entregado su alma a la confabulación contra España. Juntos conspiraron un tiempo sin obtener apoyo de nadie, tan grande era el desprestigio en que habían caído.

Finalizaremos este breve relato histórico dejando en el éter la relación existente entre el reciente incidente de

La Línea y la derrota de la “Armada Vencible” y vencida inglesa. Pues, si bien, en 1.589, el sabroso vino de las costas del Atlántico fue el mejor aliado posible de nuestros ejércitos, en esta ocasión, por la ausencia del toque bélico en el comando militar inglés, no propugnamos la certeza de que anduviera explorando una bodega liniense; o, tal vez, sí; pero, más que otra cosa, nos ha recreado y entretenido sobremanera dar un somero repaso de confrontación a graves hechos históricos de nuestra nación y, por ende, de nuestros antepasados, bravos forjadores de su futuro.

*Ángel Sánchez García*  
*Académico Correspondiente*